



DEARQ - Revista de Arquitectura /
Journal of Architecture

ISSN: 2011-3188

dearq@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes
Colombia

Merro Johnston, Daniel

Lo que no estaba escrito: Williams-Le Corbusier-Hoesli en la casa Curutchet
DEARQ - Revista de Arquitectura / Journal of Architecture, núm. 15, diciembre, 2014, pp.
162-173

Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=341638957012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Lo que no estaba escrito: Williams-Le Corbusier-Hoesli en la casa Curutchet

Daniel Merro Johnston

✉ dmerro@gmail.com

Arquitecto por la Universidad de Córdoba, Argentina, y Doctor Arquitecto por la Universidad Politécnica de Madrid, España. Ha sido profesor invitado en varias universidades americanas y europeas como profesor de proyectos arquitectónicos y como disertante sobre la obra de Le Corbusier. En la actualidad compagina sus tareas como profesor en la Universidad de Alcalá de Henares, la colaboración en varias publicaciones especializadas y el ejercicio profesional independiente.

Resumen

La casa Curutchet es uno de los proyectos de arquitectura doméstica más interesantes de Le Corbusier y de la arquitectura moderna. El maestro suizo y su equipo realizaron un proyecto genial en un corto tiempo de 1948. La obra fue ejecutada en Argentina por Amancio Williams, quien se convirtió en un especial intérprete del proyecto. El texto que aquí se presenta es el relato de una curiosa relación entre ellos, iniciada en París dos años antes de compartir el trabajo, en el cual se revelan interesantes miradas, ideas y apreciaciones, convertidas en lecturas previas de textos aún no escritos.

Palabras clave: Casa Curutchet, Le Corbusier, Amancio Williams, Bernhard Hoesli.

Tenemos memoria de numerosos textos y libros antes de leerlos.

Ángel Gabilondo

El Pabellón Suizo, en una de las esquinas de la Ciudad Universitaria Internacional, le pareció fantástico. Lucía muchísimo mejor que en los libros. Uno de los exponentes del mejor momento creativo que no volvería a repetirse en el conjunto de la obra de Le Corbusier. Una caja metálica perfecta de 9 m × 49 m que se apoya en un pórtico de hormigón armado con dos voladizos, en una bellísima estructura de transición.

Lo recorrió por dentro. Inaugurado hacía ya 15 años, fue la primera vez que se usaba el muro-cortina de vidrio. Le impresionaron los detalles de unión entre tabiques y fachada de vidrio. La planta baja libre, casi sin límites, lo dejó deslumbrado.

En la mañana del viernes 10 de octubre de 1947, Amancio Williams, uno de los arquitectos argentinos que consiguió posteriormente trascendencia internacional, se había levantado pronto para conocer esta obra, pues había acordado encontrarse con Fernand Leger en el propio estudio de Le Corbusier sobre las tres de la tarde, a la hora que el maestro llegaba habitualmente allí, aun cuando quería llegar un rato antes al 35 Rue de Sèvres para poder conversar tranquilamente con sus nuevos amigos, los pocos colaboradores que tenía Le Corbusier en esa época, en su estudio.

Había estado allí otras mañanas y se había dado cuenta de que era un buen horario para intercambiar ideas y experiencias con Bernhard Hoesli, un jovencísimo arquitecto suizo de apenas 25 años con tanto talento como voluntad de compartirlo; con George Candilis, un ruso muy simpático que tenía una beca de su gobierno para trabajar en París, a quien le interesaba enormemente Sudamérica, los países cálidos y la arquitectura popular; con Jerzy Soltán, un urbanista y diseñador industrial polaco, o con André Wogensky, el jefe del taller que destilaba por sus poros experiencia lecorbusierana y con quien había intercambiado varias cartas previamente. Unas charlas y debates muy interesantes, en los que las ganas y el entusiasmo de aprender, la ausencia del jefe, los croquis, pequeños dibujos y esquemas y los planos colgados en las paredes suplían las dificultades en el francés del argentino y del español de los otros.

Amancio Williams llevaba consigo un pequeño álbum de fotografías de su primera obra, que pasaba de mano en mano y sobre las que explicaba sus conceptos de continuidad, de síntesis ingeniería-arquitectura, del hormigón como materia dúctil. Sus compañeros le hablaban de la Usine Duval, que pronto se empezaría a construir y donde aplicarían un sistema nuevo de medidas, el *Modulor*, y de un edificio inmenso para las Naciones Unidas en Nueva York para el que habían

consultado al maestro. Coincidían en las bondades de las plantas bajas libres, en la necesidad de construir, de difundir con obras las doctrinas modernas y se entusiasmaban tanto con el avance del proyecto para L'Unité de Habitation de Marseille como con la idea de bajar todos juntos por una copa del excelente *pelure d'oignon* que servían en el Sèvres-Babylon.

Estos intercambios de ideas no quedaron documentados. No se tomaron apuntes ni fotografías. Nadie guardaba los esquemas y dibujos con los que se ayudaban, no se grababan ni se registraban los comentarios, las experiencias, los relatos que fluían de unos a otros como remolinos de imágenes y solo se acomodaban como podían en la memoria de cada uno de ellos.

Williams había llegado a París veinte días antes.

Durante la construcción de la casa para su padre, la famosa "casa sobre el arroyo", que fue considerada mucho después una de sus mejores obras, se había vinculado con Le Corbusier mediante una interesante correspondencia, le había enviado sus proyectos y recibido inmediata respuesta con grandes elogios por parte de su maestro, por lo que decidió ir a conocerlo personalmente.

En su estudio o en su casa, Le Corbusier le enseñó sus trabajos recientes, a los que estaba dedicando su mayor atención: *L'usine Duval* y *L'Unité de Marseille*, mientras que el argentino explicó su propuesta para el edificio de oficinas que terminaba de proyectar y sus sueños de un futuro industrial, preciso y moderno para sus obras.

Establecieron una relación estrecha, en lo profesional y en lo humano.

Por las mañanas, con el grupo, y por las tardes, con el maestro, Williams conoció de cerca los estudios del *Modulor*, el plan de renovación urbana para Saint Die —al que tanto esfuerzo y tiempo habían dedicado—, las propuestas para el Plan de Bogotá y la experiencia con el edificio de Río de Janeiro.

Conoció también a Jean Prouvé. Puestos en contacto por Le Corbusier, Williams y Prouvé viajaron juntos desde París a Nancy donde el francés vivía y dirigía un gran taller de producción de elementos prefabricados a gran escala, ubicado en Maxéville. Tuvo la oportunidad de conocer la fábrica, intercambiar ideas y explicarle su nuevo proyecto, especialmente porque veía la posibilidad de que los *Ateliers Jean Prouvé* de Maxéville se encargaran de la prefabricación de toda la estructura metálica de su proyecto para un edificio suspendido de oficinas.

Antes de que se hiciera más tarde, subió al Metro en Port d'Orléans hasta Saint Sulpice, muy cerca del famoso estudio, junto al bulevar Raspail. Llegó sobre las tres menos cuarto, cuando finalizaba la hora del almuerzo y ya estaba cada uno en su lugar.

Se sentó junto a Hoesli, en una de las mesas del final del largo estudio-pasillo, de frente a la entrada para ver la llegada de Le Corbusier junto a Fernand Leger, a quien Amancio admiraba y había conocido en una cena con Ivonne y el maestro, en el 24 de la Rue Nungesser et Colie.

No hubo mucho espacio para formalidades, pues Leger traía la idea de invitar a Williams a un paseo hacia los jardines del Trocadero y la fuente de Varsovia, al que rápidamente se sumó Hoesli.

En una tarde extraordinariamente soleada, uno a cada lado de Leger, quien no dejaba de señalar los jardines, las casas, las perspectivas más interesantes de cada esquina, el grupo fue recorriendo lentamente la estrecha Rue de Babylon.

Al llegar a la Rue des Invalides, giraron a la derecha y se detuvieron un rato bastante largo y contemplaron la cúpula del Domo de la capilla de San Luis, que brillaba encendida.

Por la avenida de Tourville llegaron al Champ-de-Mars. Con el fondo perfectamente simétrico de la Tour al fondo, pasearon por el parque, conversando largamente sobre la escultura en el taller de Brancusi, en el de Giacometti, la pintura abstracta y el *collage* que tanto interesaba a Hoesli y acerca de la arquitectura moderna en el taller de Le Corbusier y en América.

Subieron a la torre y en el primer descanso Fernand Leger les contó que le apasionaba la construcción con acero, los perfiles, los roblones y las soldaduras, y que estaba pintando un cuadro que haría honor a sus constructores (fig. 1).



Figura 1. Fernand Leger. *Les constructeurs*, 1950

Una hora más tarde, el encuentro finalizaba con saludos y agradecimientos en la boca del Metro, cada uno para su lado. Ni una fotografía. Cada uno se llevaba registrado solo en su memoria este paseo, este encuentro, todas estas ideas.

De vuelta en Buenos Aires, el 20 de octubre de 1947, y como recuerdo de la visita, Le Corbusier le envió de regalo una pintura propia y Amancio Williams contestó manifestando su gratitud por las muestras de amistad recibidas: “la gran satisfacción de mi viaje es la amistad que hemos establecido, que espero conservar en toda nuestra vida. Más allá de la admiración que le tengo, yo lo considero a su vez, como un padre y como un amigo”.

El 20 de noviembre, Amancio Williams recibió una carta de George Candilis, desde el atelier 35S (como llamaba Le Corbusier a su estudio) recordando sus encuentros, disculpándose por no haberle realizado una despedida en condiciones y solicitando una posibilidad de trabajo en su estudio. La sintonía profesional se hacía presente nuevamente entre ellos, aunque la cantidad de trabajo de Amancio en Buenos Aires no alcanzaba para contratar a su amigo, y así se lo hizo saber (fig. 2).

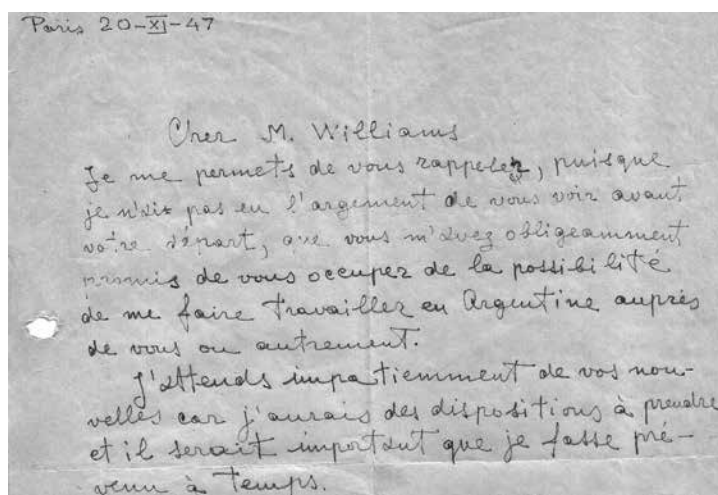


Figura 2. Fragmento inicial de la carta original de George Candilis a Amancio Williams, del 20 de noviembre de 1947. Fuente: Archivo Williams

El 2 de septiembre del año siguiente, una señora se presenta en el atelier 35S con una carta de su hermano, un médico de la provincia de Buenos Aires, en Argentina, en la que le ofrece a Le Corbusier la realización de un proyecto para su pequeña casa en la ciudad de La Plata, a 45 kilómetros de la capital.

Inexplicablemente Le Corbusier, quien era ya reconocido internacionalmente y recibía múltiples propuestas de trabajo, acepta el encargo

escribiendo a su futuro cliente, definiendo sus honorarios, las condiciones de pago y recalcando su entusiasmo por el desafío formulado:

Me complace realizar este trabajo porque su problema es típico de la pequeña casa que siempre ha suscitado todo mi interés. Su programa, la casa de un médico, es extremadamente atractivo desde el punto de vista social.

[...]

Estoy interesado en la idea de hacer de su casa una pequeña construcción doméstica como una pequeña obra maestra de simplicidad, funcionalidad y armonía.

A los pocos días, vuelve a escribirle a Curutchet explicando que sus honorarios no incluyen la dirección de la obra, y que para esa tarea le recomienda varios nombres, entre los cuales presenta en primer término a Amancio Williams (fig. 3).

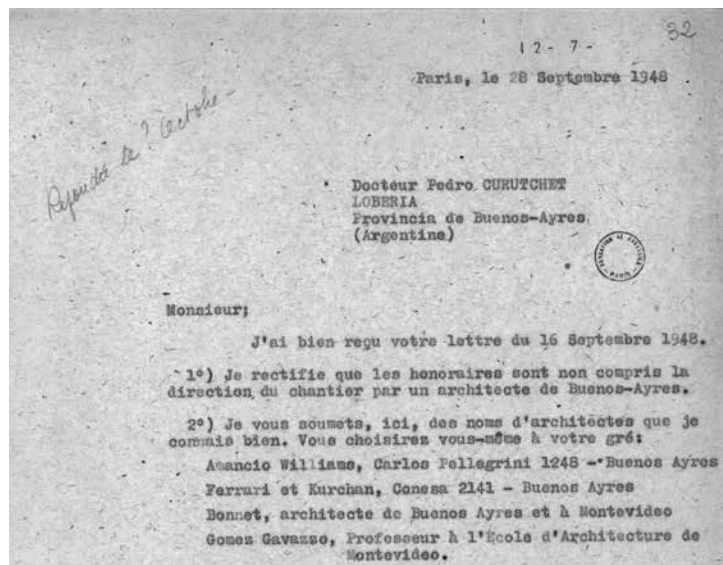


Figura 3. Fragmento inicial de la carta de le Corbusier a Pedro Curutchet, del 28 de septiembre de 1948. FLC©

La cantidad de trabajo en el estudio de Le Corbusier para esas fechas era abundante, pero no se correspondía con los magros ingresos económicos; sin embargo, seguían llegando colaboradores, becarios y discípulos de todo el mundo que se ofrecían para formar parte, para hacer algo, para estar allí.

Bernhard Hoesli no se sentía cómodo en esta situación y escribe, él también, el 1 de febrero de 1949 a Amancio Williams para ofrecer su colaboración en el estudio de Buenos Aires (fig. 4).

Amancio Williams
 Carlos Pellegrini 1248
 Buenos Aires
 Argentina

Bernhard Hoesli
 74 Avenue de la République
 Paris I

Paris le 1er Février 1949

Cher Monsieur Williams, j'ai reçu votre
 adresse de Mr. J. Soltan avec lequel j'ai
 le plaisir de travailler à l'Atelier de Le Corbusier
 et qui m'a encouragé de vous écrire.
 Je suis Suisse, architecte diplômé de l'Ecole
 Polytechnique de Zurich, j'ai travaillé pendant
 14 années dans des bureaux d'architecture et
 sur le chantier, j'ai l'expérience de tous
 les travaux d'architecte: esquisse, projet, dessin
 de plans d'exécution. Etant intéressé surtout
 à l'urbanisme, j'ai étudié les travaux théoriques
 de Le Corbusier, des C.I.A.M., de Saar, de S. Giedion,
 que j'ai approfondis pendant différents

Figura 4. Fragmento inicial de la carta de Bernhard Hoesli a Amancio Williams, del 1 de febrero de 1949. Fuente: Archivo Williams

Lo que no se esperaba era que al día siguiente su situación en el estudio cambiaría, pues Le Corbusier lo puso al frente del equipo encargado del proyecto para la Casa Curutchet, junto a Roger Aujame. Tampoco lo sabía Amancio Williams, desde luego, y le contesta lamentando no tener trabajo para él.

En poco más de dos meses y bajo la dirección del maestro suizo, el equipo Le Corbusier-Hoesli-Aujame concibió el proyecto de la única vivienda proyectada por el maestro construida en América, uno de sus más bellos y poéticos trabajos, y conjuntamente con el Carpenter Center de Cambridge, en Estados Unidos, una de las dos únicas obras proyectadas exclusivamente por el famoso arquitecto suizo que llegaron a materializarse en el continente americano, donde se expuso un nuevo concepto de residencia y se formuló una ruptura radical con todas las formas preexistentes del *habitar* en la ciudad (fig. 5).

El proyecto enviado a Buenos Aires fue descifrado, representado e interpretado por Amancio Williams en su estudio, con el objeto de materializar la obra.

En ese tiempo, en ese espacio de silencio que separa la *música en potencia de la música en acción*, como lo define Igor Stravinski en su "Poética musical", se registraron varias situaciones de incertidumbre, innumerables momentos de reflexión y decisión, en los cuales se produjo un expreso intercambio de ideas o una lectura secreta de recuerdos, una depuración colectiva del texto que consiguió reunir miradas diversas que enriquecieron el proyecto.

En el vestíbulo de entrada a la casa, por ejemplo. A la propuesta de un volumen ciego de Le Corbusier, Amancio le asignó un nuevo sentido: la *transparencia moderna*. Cambió el sentido de este espacio al convertir la frontera casi absoluta entre lo público y lo privado en un umbral en un espacio intermedio de cristal.

“Mi Estimado Williams: su crítica relativa a la entrada de la casa Curutchet está perfectamente justificada y su solución es excelente”, contestó Le Corbusier a la pregunta de su amigo. Pero la interpretación del proyecto del vestíbulo que proponía Amancio Williams recuperaba, sin saberlo él, alternativas desarrolladas en el estudio del 35 Rue de Sèvres mucho antes. En efecto, los croquis en perspectiva de febrero de 1949, firmados por Bernhard Hoesli, muestran una propuesta del vestíbulo vidriado asombrosamente parecido al que Williams propone al autor, seis meses después (fig. 6).

¿Cómo explicar que la sugerencia de Amancio Williams constituía una nueva y perfecta lectura de un texto que nunca había conocido? Que estaba recuperando una información no escrita, ubicando contenidos de su memoria en un contexto nuevo. Que estaba trabajando en conjunto con Bernhard Hoesli, sin saberlo ninguno de ellos.

Otro episodio similar ocurrió con la entrada al sector de consulta médica en el primer nivel de la casa, que se llega a través de una galería como una suerte de balcón sobre el espacio vacío.

El proyecto de Le Corbusier estaba definido con un par de puertas ciegas de madera, pero con la particularidad de que en una de ellas, la entrada a la sala de espera, se incluía una pequeña ventana vertical de la misma altura de la puerta, sobre el lateral izquierdo.



Figura 5. Fotografía Le Corbusier con la maqueta de la casa Curutchet en su mano, en abril de 1948. FLC©

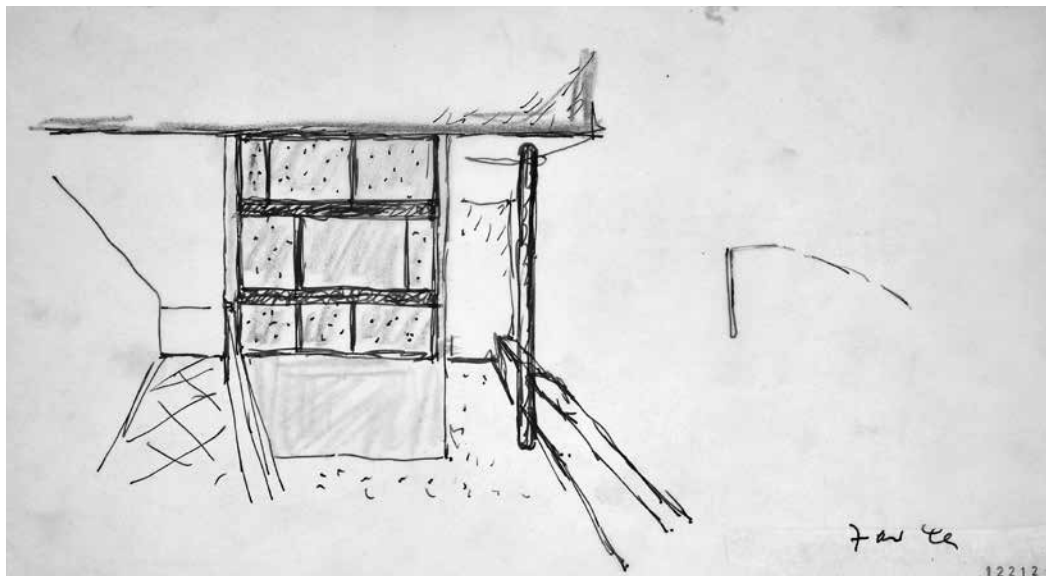


Figura 6. Croquis vestíbulo casa Curutchet. Bernhard Hoesli. 35 Rue de Sèvres, 7 de abril de 1947. FLC©

En la obra, Williams y luego Simón Ungar interpretaron la necesidad de establecer una fuerte transparencia entre el espacio vacío interior y la calle a través del volumen del consultorio disponiendo una amplia ventana en este lugar, sin consultar al autor (fig. 7).

Muchos años más tarde advertimos que esta elogiada transparencia y, a su vez, arriesgada decisión unilateral ya había sido propuesta con anterioridad por el equipo de Le Corbusier, ensayada por Hoesli con varias alternativas en su anteproyecto, por lo que estamos nuevamente en un caso de interpretación inconsciente del pasado, de recuperación de textos (fig. 8).

De una manera natural, Williams y Hoesli, quienes compartieron ideas años atrás, se descubrían ahora en un mismo equipo trabajando de una manera eficaz; recordaban en distintos momentos lo que habían conversado, y sin saberlo recurrían a su memoria y se encontraban secretamente en la lectura de aquello que no estaba escrito; compartían un proyecto y conseguían llevarlo a un altísimo nivel de calidad y de pureza lecorbusierana.

Allí estaban, conversando, reeditando sus encuentros y sus paseos, vinculados en la búsqueda de la perfección; imaginando abstracciones, y leyendo los apuntes que no habían tomado.

La vivienda se terminó en 1955, tras un conflictivo proceso de construcción. La familia Curutchet ocupó la casa durante un corto periodo y la abandonó al cabo de diez años, aunque el doctor la utilizó eventualmente en sus viajes profesionales a La Plata. Poco habitada y pobremente mantenida durante un largo intervalo, la casa pasó a tener un estado lamentable, hasta que en 1987, en coincidencia con el



Figura 7. Fachada consulta casa Curutchet construida, 1951-1955

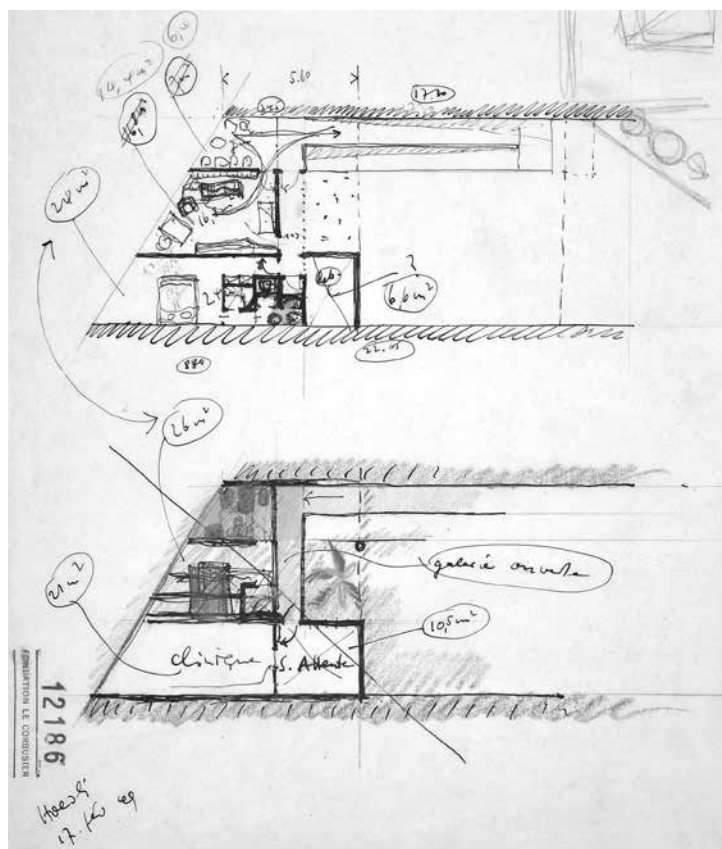


Figura 8. Croquis estudio zona consulta casa Curutchet. Bernhard Hoesli en 35 Rue de Sèvres, abril de 1948

centenario del nacimiento de Le Corbusier, el edificio fue completamente restaurado y proclamado monumento nacional (fig. 9).

Bernhard Hoesli se mantuvo cerca de Fernand Leger, con quien estudió pintura y desarrolló la técnica del *collage*. En 1951 se trasladó a Estados Unidos para transmitir sus experiencias en la Universidad de Texas. En ese mismo año, Amancio Williams inauguró su primera exposición en la Universidad de Harvard, que tiempo después contrató a Jerzy Soltán como profesor. Ambos mantenían correspondencia con George Candilis, que estaba en Tánger, a cargo del Atelier des Bâtitseurs en África, y donde desarrolló posteriormente el Team X. Todos giraban en torno a la modernidad, lejos pero muy cerca de Le Corbusier, rescribiendo y ampliando un texto inacabado.



Figura 9. Casa Curutchet, 2005. DMJ

Quince años después, en 1968, Amancio Williams había desarrollado ya sus mejores propuestas: un sistema para hospitales en la provincia de Corrientes, un excelente proyecto para una fábrica en Córdoba y construido alguna de ellas, entre ellas el recordado Pabellón de exposiciones para Bunge y Born.

La Universidad invitó a George Candilis a Buenos Aires para dictar una conferencia. Se encontraron nuevamente los viejos amigos y tuvieron la oportunidad de recordar aquellos momentos, de releer aquellos textos:

Ayer, después de mi conferencia, Amancio Williams me invitó a compartir una velada. Lo conocí en París hace 20 años cuando visitó el taller de Le Corbusier. Recuerdo que nos mostró sus estudios que influyeron


en mí enormemente. Pensé entonces que Amancio Williams estaba llamado a ejercer una importantísima influencia en el desarrollo de la concepción de la arquitectura.

Perdí luego el contacto con él.

Cuando tenía ocasión de preguntar por sus trabajos a algún argentino, generalmente me respondía: "hace siempre las mismas cosas, está un poco aparte".

Ayer encontré nuevamente a este mismo hombre "que estaba un poco aparte".

Comprendí que sus estudios, llevados con tanta nobleza y pureza espiritual, no podían más que "estar aparte". Confieso que sentí celos de él, admirando sus trabajos. Yo desearía hacer cosas semejantes. Sin embargo confieso que hago exactamente lo contrario.

Aquellos textos, que no estaban escritos, volvían a ser leídos. 

Bibliografía

1. Boggio Videla, Juan Manuel. *Hablan de diseño*. Buenos Aires: Concentra. 2008.
2. Gabilondo, Angel. *Darse a la lectura*. Barcelona: RBA, 2012.
3. Merro Johnston, Daniel. *El autor y el intérprete*. Buenos Aires: 1:100, 2011.
4. Stravinski, Igor. *Poética Musical*. Barcelona: Acantilado, 2005.

Archivos consultados

Archivo Williams. Buenos Aires.

Fundación Le Corbusier. París.